

Los solaces de Cortés*

Por Salvador NOVO

En cierto doloroso sentido, puede decirse que la historia de Coyoacán empieza cuando acaba la de Tenochtitlán. O sea que Coyoacán comienza a ser noticia de primera plana desde que Cortés la elige por residencia y cuartel general, mientras (en inauguración precursora de una perdurable rutina) hace furiosamente destruir a México para el cuerdo objeto de hacerla furiosamente reconstruir. Entre una y otra acciones, pasan buenos dos años —1521 a 1523—, mismos que el laborioso Capitán emplea en solazarse en lo que considera su villa.

(La cosa estuvo así: cuando, después de la retirada estratégica de la Noche Triste, rehízo sus fuerzas con el auxilio tlaxcalteca y decidió sitiar a México, le echó el ojo a Coyoacán como sitio muy conveniente, frontero a la laguna, donde acampar y desde el cual lanzar el ataque marítimo de las "casas flotantes" con que embestiría a los menguados, aunque numerosos, acalli de los tenochcas. Y encargó a Cristóbal de Olid —aquel mismo que después lo traicionaría, y en cuya persecución habría de emprender el desastroso viaje o expedición punitiva a las Hibueras— que se apoderase del pequeño reino. Olid obedeció. No había mucha necesidad de que incendiara una ciudad que se le entregó sin resistencia; pero lo hizo, contagiado acaso por la piromanía que le venía granjeando a su jefe las parodias del "Mira Nero de Tarpeya—a Roma cómo se ardía" de que nos hablan algunos cronistas.)

Los solaces del Capitán Malinche en Coyoacán fueron de varios géneros. Muchos, del femenino. Se hizo construir, desde luego, un Palacio — algunas de cuyas piedras originales, cuando menos, perduran en el que aún ostenta su nombre y es asiento de la Delegación del Departamento del Distrito Federal, y cárcel de que suelen fugarse los presos. Recordemos, a este propósito, que a Cortés no se le escapaban, pues observaba la precaución de aherrojarlos con las "cadenas gordas" que con toda previsión y prudencia mandó oportunamente forjar.

Y aparte la opulenta suya, puso una "casa chica" para la señorita Malinche. Es, dicen, una de tezontle, en esquina al lado poniente de la pequeña plaza de la Conchita.

Tuvo solaces conyugales. Doña Catalina Xuárez de Marceyda, su esposa desde Cuba, cometió la impertinencia de venir a reunirse con él en Coyoacán. Lo cuenta, a su lambiscona manera poco digna de crédito, el descendiente de la susodicha señora, Juan Suárez de Peralta, en el capítulo XVIII de su *Tratado del descubrimiento de las Indias* compuesto en 1589; esto es: muchos años después de acaecido lo que él pugna por enderezar. Dice este cronista que doña Catalina "trajo muy buena casa de criados y criadas; era muy bien recibida en todos los pueblos donde llegaba, así de los indios que le daban muchos presentes y muy ricos, y de los españoles que el marqués enviaba; y de esta manera llegó a Coyoacán, dos leguas de México, donde fue muy bien recibida de toda la tierra y le hicieron muy gran recibimiento y muchas fiestas. Allí estuvo con su marido el marqués del Valle, y estando muchos días había en la tierra (ella era muy enferma de la madre, mal que suele ser muy ordinario en las mujeres), una noche, habiendo estado muy contentos, y aquel día jugado cañas y hecho muchos regocijos y acostándose muy contentos marido y mujer, acudió el mal de madre, y cuando quisieron procurar remedio, ya no le tenía; y así entre las manos dio su ánimo a Dios... Muerta esta pobre señora, que gozó poco del estado de marquesa, otro día la enterraron en el pueblo de Coyoacán, donde tienen los marqueses del Valle su capilla, cuyo es el dicho pueblo, y de los mejores del Estado."

Muy otra es la versión que se desprende del Proceso Criminal de María de Marceyda contra don Hernando Cortés, en el tomo 2º, páginas 333 a 375 del *Archivo mexicano, Documentos para la historia de México* (Tipografía de Vicente García Torres, México, 1853). Para regocijo del bravo hispanófobo Alfonso Toro, parece comprobado que Cortés, la noche de Todos Santos de 1522, añadió a sus glorias precursoras, con apretarle el pescuezo a doña Catalina, la de erigirse en el primer autoviudo de la historia mexicana.

Tuvo solaces literarios — o, al menos, epistolares. Aquí: "De la ciudad de Cuyoacán, a 15 de mayo de 1522 años", antefirma

de Julián Alderete, Alonso de Grado y Bernardino Vázquez de Tapia, sus cómplices; más engoladamente: "De la ciudad de Cuyoacán, de esta Nueva España del mar Océano, a 15 días de mayo de 1522 años", antefirma suya, redactó la tercera de sus *Cartas de relación*: aquella que cubre los años decisivos que van del 30 de octubre de 1520 a su fecha.

Tuvo solaces gastronómicos. Una remesa de cerdos (a cuya carne eran aficionados los teules, y que aquí no encontraban, pues no llegaron sino con ellos), y la alegría del triunfo consumado, inspiraron a los capitanes de Cortés la idea jolgoriosa de organizarse una sonada pachanga o juerga. Ahítos, ebrios y tambaleantes, para enfado y escándalo de fray Bartolomé de Olmedo —ladino custodio de la salvación de Cortés— violaron todas las conveniencias y a numerosas señoritas de la localidad Trataba Cortés, con darle cerdo y circo, de diferir el reparto entre sus hombres de gaje, mordida o botín prometido. Las paredes blancas —"papel de necios y aun de sabios"— de su palacio, solían amanecer maculadas por epigramas relativos a su voracidad egoísta.

Tuvo solaces deportivos. De la *Relación de la Conquista* (1528) por informantes anónimos de Tlaltelolco, que el padre Garibay ha traducido del náhuatl, tomemos unos cuantos párrafos que describen la suerte de los indígenas al regresar, vencidos, a Tlaltelolco: "Cuando vinimos a establecernos en Tlaltelolco, aquí solamente nosotros vivimos. Aún no se venían a instalar



Lienzo de Tlaxcala — Encuentro de Cortés con los dignatarios



Lienzo de Tlaxcala — Cuauhtémoc y su familia recibidos por Cortés y la Malinche

* Capítulo inédito del libro en prensa *Breve historia de Coyoacán* (Editorial ERA).

nuestros amos los cristianos. Aún nos dejaron en paz, todos se quedaron en Coyoacán.

"Allá ahorcaron a Macuixóchitl, rey de Huitzilopochco [Churubusco]. Y luego al rey de Culhuacán, Pizotzin. A los dos allá los ahorcaron. [La Marcyda no estuvo sola, pues.]

"Y al Tlacatécatl de Cuauhtitlán, y al Mayordomo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

"También a unos de Xochimilco los comieron los perros.

"Y a tres sabios de Ehécatl, de origen tetzcoano, los comieron los perros. Nomás ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. Nomás venían trayendo sus papeles con pinturas [códices]. Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, allá en Coyoacán.

"En cuanto a los españoles, cuando han llegado a Coyoacán, de allí se repartieron por los diversos pueblos por dondequiera...

"Allí en Coyoacán se pusieron de acuerdo [los españoles] de cómo llevarían la guerra a Metztitlán. De allá se volvieron a Tula.

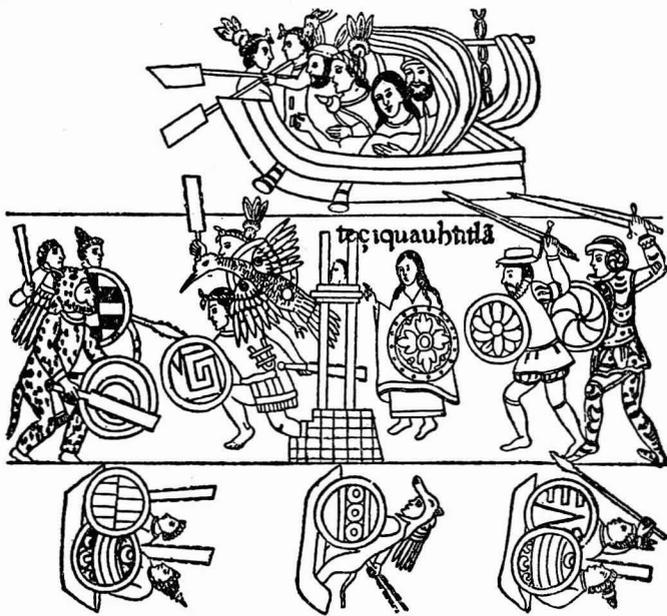
"Luego ya toma la guerra contra Uaxácac [Oaxaca] el capitán.

"Ellos van a Acolhuacán, luego a Metztitlán, a Michoacán. . .

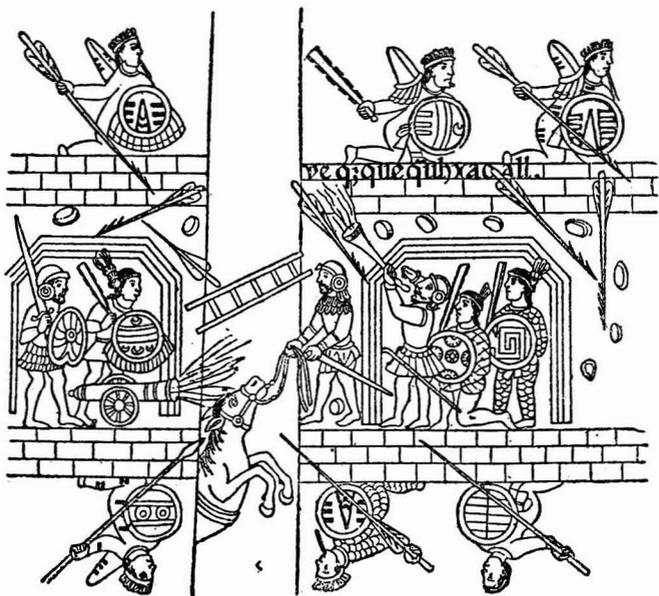
"Luego a Huey Mollán y a Cuauhtemala, y a Tecuantepec.

"Nomás aquí acaba. Ya se refirió cómo fue hecho este papel."

El deportivo episodio es conocido en la historia como el "apreamiento". Animales desconocidos en América llegaron con los españoles: los "ciervos" — o caballos, desde luego; y ya hemos mencionado arriba los cerdos. Pero también los perros, descritos con asombro por los espías de Moctezuma a la llegada de los teules. Muy distintos de los "perrillos" de que habla Bernal Díaz, y que aquí se engordaban y aderezaban para comer. Los perros españoles, como si con ello vengaran a los pequeños y engullidos de su especie animal, se dieron con fruición a comer caciques, para diversión de "nuestros amos los cristianos".



Lienzo de Tlaxcala — El ataque con bergantines a Tenochtitlán



Lienzo de Tlaxcala — El ataque a Tenochtitlán con tanques de madera y caballos

Y tuvo, en fin, el sádico solaz de atormentar con el fuego a Cuauhtémoc y a otros dos príncipes. El bochornoso episodio es —para imborrable mengua del precursor inquisitorial— demasiado sabido para que hagamos más que pasar como propiamente sobre ascuas con evocarlo. Aquel "mal de corazón" que el teul había confiado a los emisarios de Moctezuma que sólo le sanaba con oro y más oro, le atacó con violencia desesperada al sospechar que su estoico cautivo sabría dónde se ocultaba el tesoro. Y para arrancarle el secreto, creyó suficiente asarle pies y manos. Ignoraba el temple de quienes, como Cuauhtémoc, habían en el Calmécac y desde su niñez aprendido a fraguar en toda suerte de masoquismos —horadando su lengua y otras regiones delicadas de la anatomía; echándose en el rostro fuego líquido— la inquebrantable dureza del héroe.

Mencionamos arriba, en relación con Olid, la piromanía que éste parecía imitar de Cortés. Supuesta o simbólicamente incendiadas sus naves en Veracruz; verdaderamente por él abrasadas ciudades, templos, villas — y ahora Tenochtitlán, la combustión pedestre de Cuauhtémoc lleva a pensar que si (Dios no lo quiera) Cortés halló merecido sitio y residencia permanente en los apretados infiernos, ésta es todavía la hora en que ha de estar disfrutando muy a sus anchas su ígneo predilecto solaz.

Por cuanto a Cuauhtémoc, águila que cayó aprisionada en las "cadenas gordas", su cautiverio en Coyoacán debe de haberle recordado la estancia aquí de su padre Ahuizotl — en circunstancias bien distintas. Consagremos a su alta memoria el lauro de reproducir el poema náhuatl de su prisión, traducido por el padre Garibay:

*Ya se ennegrece el fuego; ardiendo revienta el tiro:
ya la niebla se ha difundido.*

¡Ya aprendieron a Cuauhtemotzín:

una brazada se extiende de príncipes mexicanos!

¡Es cercado por la guerra el tenochca;

es cercado por la guerra el tlattelolca!

Pasados los nueve días son llevados en tumulto a Coyohuacán

Cuauhtemotzín, Coanacoch, Tellepanquetzaltzín:

prisioneros son los reyes.

Los confortaba Tlacotzín y les decía:

*"Oh, sobrinos míos, tened ánimo; con cadenas de oro atados,
prisioneros son los reyes."*

Responde el rey Cuauhtemotzín:

"Oh, sobrino mío, estás preso, estás cargado de hierros.

¿Quién eres tú, que te sientas junto al capitán general?

¡Ah, es doña Isabel, mi sobrinita!

¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!

Por cierto serás esclava, serás persona de otro:

será forjado el collar, el quetzal será tejido en Coyohuacán.

¿Quién eres tú, que te sientas junto al capitán general?

¡Ah, es doña Isabel, mi sobrinita!

¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!"

Isabel, usted lo recuerda, era Tecuichpo —flor de algodón—, hija de Moctezuma, esposa de Cuitláhuac y, a la muerte virulenta de éste, esposa hereditaria de Cuauhtémoc. Luego, como insinúa el poema (será forjado el collar, el quetzal será tejido: esto es: tendrás o concebirás un hijo), otros, ahora cristianos como ya ella al bautizarse, heredaron a la servicial princesa.

Siendo muy niña, doña Isabel fue dada en matrimonio a su primo Cuauhtémoc, sobrino de Moctezuma, y más tarde casó con el conquistador y compañero de Cortés, Alonso de Grado, nombrado en 1526 para el cargo de "tesorero del ejército y visitador general de indios". Después de muerto Alonso de Grado, se casó con don Pedro Gallego de Andrade y más tarde con Juan Cano de Saavedra, quien la sobrevivió.

Las tierras, predios, huertas de Coyoacán en que Cortés se apresuró a construirse palacio y sucursales (comunicados por pasadizos subterráneos); así como el terreno que entregó a los franciscanos para la erección de San Juan Bautista, eran todas de cierto acaudalado cacique del lugar, llamado por su nombre indígena Ixtolinque, y al tomar las aguas bautizmales, don Juan de Guzmán Ixtolinque, "No cabe duda —dice Francisco Fernández del Castillo— que entre los caciques que prestaron más valiosa ayuda a Cortés en la conquista de México fue Ixtolinque el de Coyoacán." Este latifundista descendiente de los reyes de Atzacapotzalco en larga genealogía era dueño desde Tizapán, hasta Tacubaya: desde San Ángel y Chimalistac, hasta Churubusco. Veintitrés son las tierras, pueblos pequeños, barrios, que le pertenecían por entero o en parte, más otros treinta y uno de su mujer. Cedió gustoso al Malinche los terrenos que apeteciera; y Cortés, en agradecimiento por su cooperación y buenos servicios (lo salvó una vez del ataque indígena en Cuernavaca), se los reintegró más tarde, y logró que la corona española se los

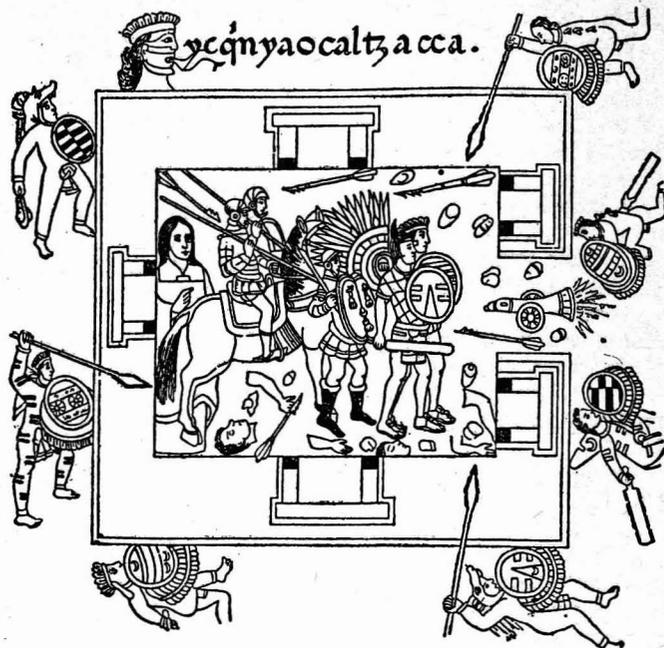
titulara y reconociera los privilegios que el cacique don Juan Guzmán ejerció con amplitud. Una relación sintetizada de los tributos reclamados ¡y recibidos! por el cacique, dará idea de su poder feudal:

“Yo, Don Juan, Gobernador de este pueblo de Coyoacán, hago saber a todos los caciques y principales de mi gobierno, cómo por voluntad del Exmo. Sr. Virrey, de nuestro padre vicario, está mandado que según tasación de los naturales se me ha de dar el sustento necesario. Conforme a mi calidad, que está mandado cada día se me han de dar: 3 gallinas y 2 chiquihuites de maíz y 400 cacao y 200 chiles y un pan de sal y una porción de tomates y pepitas y 10 sirvientes que llaman tapizques y 8 molenderas y 6 cargas de leña y 5 cargas de zacate, y esto se ha de entender cada día, por ser muy necesario. Asimismo, es de saber que me han de cultivar las tierras que aquí se referirán, que son cuatro... Asimismo es muy necesario que todos los naturales me hagan una casa para vivir, y para la obra han de dar 10 albañiles y 10 canteros para que siempre acudan al aderezo de su casa aunque la hayan acabado, asimismo que la casa la ha de hacer en donde está la plaza y mercado...”

Nueve pesos y dos tomines recogía cada mes de sus tributarios más pobres; y de los que vendían en el tianguis, clasificados por especialidades, ocho pesos y seis tomines. Por último, tenían obligación de acudir a la casa del cacique don Juan: “29 viudas de Chimaliztaca, 7 personas de Atlahumilpan, 7 de Mixcohua, 4 de Xocotenco, 12 de San Jerónimo, 18 de Tlacoyan, 8 de Hueycacoy y dos mocetones, 2 de Ahuatitlán, mocetones, 25 personas y 6 mozuolos de Acopilco, 6 de Tecóhuac, 2 de Pachioacan, 4 de Tlamimiloyan, 59 de Cacamolpan, 35 y 6 mocetones de Ocotitlan, 6 de Tepexpan, que en todos son 460.”

Tan cuantioso surtido rico de mocetones, viudas, mozuolos y personas, es difícil imaginar para qué lo quisiera — ahora que no halla usted un mozo ni para un remedio.

La excelente recopilación que, con el nombre de *Cacicazgos y nobiliario indígena de la Nueva España*, debemos a don Guillermo S. Fernández de Recas, reproduce, de la página 53 a la 65, expedientes que rastrean la genealogía de los Ixtolinque desde que la corona le manda dar el escudo de armas (que es el que hasta la fecha ostenta la villa de Coyoacán) — un escudo hecho en dos partes, que en la una de ellas esté una esfera y encima de ella un brazo desnudo que tenga en la mano una cruz y alrededor de ella un letrero que diga: Credo in deum patrem, todo ello en azul, y en la otra parte una torre blanca en campo de oro y por orla en la mitad de ella tres tunas en campo blanco, y en la otra mitad diez flechas cruzadas en campo colorado, y por timbre un yelmo cerrado, y por divisa un plumaje compuesto con ciertas dependencias de follajes de azul y oro — hasta 1792. Es particularmente interesante (p. 62) el documento que establece la descendencia de los reyes y señores que fueron de Atzacapotzalco “hasta que pára la línea en Dn. Juan



Lienzo de Tlaxcala — Los ciudadanos se levantan en armas contra los invasores

de Guzmán” —hijo de Acapopocatzin y de una hija de Vitelclatzin, señor que fue de Huitzilopochco, hijo de Nenecatzin, segundo esposo de la señora Huitzilopochco, viuda de Maztlatzin —uno de los cinco hijos de Tezozómoc— que engendró en ella a Cahualtein.”

Más explícito es Alvarado Tezozómoc al establecer (*Crónica Mexicáyotl*, 248 a 252) la genealogía de don Juan Guzmán Itztlolinqui, “rey de Coyoacán”, que parte del hijo del rey Huitzililhuít llamado Huehue Zaca: hermano menor de Montezuma Ilhcamina, y el cual engendró dos hijos varones: el primero llamado Tzontémoc, quien fungiera como Tlacatécatl con el rey Axayactzin, y cuando Tizocatzin reinó; y el segundo, Huitzilatzin, quien era enfermizo y fue a reinar a Huitzilopochco, que ahora es San Mateo (y ahora, Churubusco), habiendo comenzado el reinado de allá con él, que lo asentó por rey de allá Axayacayatzin, rey de Tenochtitlán, según se dice y opina, anteriormente nadie fue rey de allá, tan sólo así estaban y únicamente eran tostadores de gentes los Huitzilopochcas.

Ahora bien: Huitzilatzin, rey de Huitzilopochco, engendró y de él provinieron dos hijos, llamado Macuilxochitzin el primero, y el segundo mujer, cuyo nombre no se sabe, y al cual, según dijeron los ancianos, la solicitó y llevó consigo Cuauhpopocatzin, rey de Coyoacán, de donde nacieron y provinieron de ellos dos reyes: el primero es llamado: Don Hernando Cetotochtzin, rey viejo de Coyoacán y el que fue a morir a Huey Mollan, allá donde les llevó el “Marqués”; y el segundo el llamado Don Juan de Guzmán Itztlolinqui, “rey de Coyoacán”.

La larga historia de los Ixtolinque, una historia de pleitos judiciales que se inician con la información de méritos y servicios de Don Juan hecha en México el 8 de junio de 1536, parecen culminar con la Cédula de Carlos V dada en Valladolid el año de 1559 dando posesión de sus tierras al Cacique; pero se reanuda cuando en el siglo XVIII los carmelitas se apoderan del Desierto de Coajimalpa, que es de sus descendientes; y para obligar al muchacho a influir con su padre en que no les reclamara el pago de esas tierras, hacen a Salvador Ixtolinque (Salvador de la Cruz, por su nombre religioso) lego del Convento, y lo encierran en su celda durante 22 años. Que emplea en tallar una Cruz de Nogal, de 22 pulgadas de alto, en que aparecían todas las figuras del Antiguo y Nuevo Testamento. La destinaba al soberano español. En 1870 se hallaba en Nueva York. Hoy se ignora su paradero.

El último Ixtolinque importante fue Pedro (1774-1835), escultor, discípulo de Santiago Sandoval y predilecto de Tolsá desde 1791. Fue el tercer director general de la Academia de San Carlos, designado académico de mérito el 8 de enero de 1817. Revilla, sin documentarla, refiere su militancia insurgente. Lo comprobado es que tomó en su lecho de muerte la mascarilla de Morelos; y que —aparte otras obras suyas en el Sagrario, La Profesa y Puebla— el crucifijo que a semejanza de su antepasado Salvador labró Pedro Ixtolinque, redime finalmente su apellido al servir para el juramento de los Constituyentes del 57. Este crucifijo —informa Manuel Toussaint— fue adquirido por don Ponciano Arriaga.



Códice Florentino — El sitio de Tenochtitlán